

EN PUNTO

belicista, que apoyó a Goldwater en las elecciones anteriores, que ha sido rechazado una y otra vez por la opinión pública, no puede hacer más que favorecer al partido demócrata. Si Bob Kennedy no es elegido ahora por su partido, lo será en 1972, frente a Nixon. Es decir, el destino es inevitable. Más vale, pues, adelantarlo. Se evitará al partido y al país una gran

prueba, cuyo resultado es incierto. En resumen, es la opción eterna de todo político personalista: o yo o el caos. La misma que, por ejemplo, sirvió al general De Gaulle en sus elecciones presidenciales. Con la diferencia de que en los Estados Unidos los crujidos precursores del caos se están escuchando ya, y no es seguro que el joven Kennedy lo pueda evitar.

EL "INI" PASA AL MINISTERIO

¿Hacia la "privatización" de la empresa pública?

Por acuerdo adoptado en Consejo de Ministros (8 de marzo de 1968), el Instituto Nacional de Industria («INI») ha pasado a depender del Ministerio de Industria.

Todo parece indicar que tal acuerdo no es una simple medida de carácter administrativo, sino que, por el contrario, está inserta en una línea de política económica bien definida, que viene manifestándose en los últimos años.

En marzo de 1966, el «INI» participaba de manera directa en 76 empresas (en 21, en forma totalitaria; en 37, mayoritariamente, y en 18, en minoría). En febrero de 1968, según manifestaciones del presidente del «INI», «de las 70 empresas en que participa directamente el Instituto, en 17 tenemos la totalidad de las acciones, en otras 32 la mayoría y en 21 somos minoritarios», lo que supone —en comparación con las cifras anteriores— un fuerte retroceso. Como ya hemos señalado en otras ocasiones, todas las empresas públicas con más de 800 millones de pesetas de capital desembolsado (ENSIDESA, ENHER, CALVO SOTELO, HUNOSA, E. N. DE ELECTRICIDAD, ENASA, MONCABRIL, ELCANO, IBERIA, SEAT) cuentan con representantes destacados de las entidades financieras de crédito, en sus Consejos de Administración. Otros hechos que confirman esta tendencia son: las di-

ficultades de expansión de ciertas empresas públicas, la participación de algunas de las más importantes empresas públicas en asociaciones de carácter patronal, la venta al sector privado de sociedades rentables, su inoperancia en la lucha antimonopolista, etc., etc.

En este contexto es donde hay que situar la reciente disposición. Como ha comentado el profesor Tamames, la futura evolución de la empresa pública en España «dependerá de que el ministro de Industria se muestre más partidario del principio de subsidiaridad o de la "empresa pública"» («SP», 24 de marzo de 1968). En varias ocasiones, el titular del Departamento de Industria se ha manifestado partidario del primero de estos principios. Así ha podido señalar: «El Estado no tiene nunca derecho a la suplantación de las actividades propias de los ciudadanos; tiene siempre, en cambio, obligación de ayudar a estas actividades en la medida que el bien común lo exija. En ocasiones está en el derecho y el deber de suplirlas, y muy concretamente cuando se trate de actividades necesarias para el bien común, y que, aun pudiendo realizar los particulares, de hecho no realizan, al menos en la forma conveniente» (discurso pronunciado en el XXV aniversario del INI). ■ A. L. M.

UN ENCUENTRO DEL HOMBRE CON SU IMAGEN

En el Día Mundial del Teatro

¿Y por qué un Día Mundial del Teatro? Supongo que para muchos españoles la solemnidad resultará un poco chusca. Sonará a una de esas fiestas en que se conmemoran hechos olvidados y ya sin proyección alguna sobre el presente. ¿Por qué no hacer el Día Mundial del

Tenis? ¿O el Día Mundial del Automóvil?

¿Qué se pretende con esta historia del Día Mundial del Teatro? Porque lo cierto es que no hay mesas petitorias, ni actores sin trabajo poniendo banderitas, ni nada de lo que es propio y razón de ser de



EL VIETNAM DE PETER WEISS

TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TEL

● Phat Diem, conocida como la Roma de Vietnam, por ser católicos la mayor parte de los 5.700 habitantes, ha quedado reducida a ruinas después de los últimos bombardeos norteamericanos. A consecuencia del último raid murieron 28 personas, y entre ellas cinco monjas. Phat Diem tiene silos de arroz y ningún fortín militar.

● De un informe publicado por «US News and World Report» se desprende que «el Japón tiene necesidad de disponer de fuerzas militares para defender su territorio». Según un sondeo, cuya fuente no se cita, la mayoría de los japoneses se han pronunciado a favor del rearme del país que, a su entender, está amenazado por China.

● El gobierno egipcio pagará más de dos mil millones de pesetas a los ciudadanos británicos que fueron desposeídos de sus bienes durante y a raíz de la crisis de Suez.

● Según la Agencia Fiel, catorce mil mineros asturianos padecen silicosis en segundo o tercer grado. El resto de los enfermos, hasta alcanzar la cantidad de 30.000, la padecen en grados menos peligrosos.

● A propósito del estructuralismo, ha escrito Jean-Marie Domenach: «Los franceses están retrasados en la publicidad de productos industriales, pero ningún otro pueblo les supera en el lanzamiento de productos intelectuales».

● A la «incorporación» de Sarre a nuestro teatro comercial en castellano ha seguido su incorporación al teatro catalán. En el Romea, de Barcelona, la Compañía Adrià Gual, bajo la dirección de Ricardo Salvat, tienen en cartel la versión castellana de «Las moscas».

este tipo de Días. ¿Para qué sirve, entonces?

He aquí que en las pantallas de la televisión, antes de comenzar el programa de cada martes, un actor en primer plano ha comenzado a decir palabras inusitadas. Era un texto en el que se hablaba de la violencia del hombre sobre el hombre; de la explotación y de la guerra. Era un texto que, dentro de su ampulosidad, dirigía al «televidente» hacia temas poco frecuentados —al menos, con ese tono— por nuestros programas televisivos. Eran palabras que en lugar de distraer, de aquietar, despertaban un eco activo, una consideración abierta sobre los problemas de nuestro mundo.

¿Y por qué aquel texto? Era de Miguel Angel Asturias, el último Nobel de Literatura, y había sido escrito para el Día Mundial del Teatro. ¿Y qué tendrá que ver el teatro con la explotación y la guerra?, se preguntaría más de uno. El teatro, ¿no es una diversión, o, a lo más, una consideración melancólica sobre nuestras múltiples impotencias humanas?

Es obvio que algo marcha mal en esta concepción del teatro. Para un teatro así no habría Días Mundiales del Teatro, ni se encargarían mensajes en los que se hablase de la explotación y de la guerra, ni tales mensajes aparecerían como uno de los objetivos fundamentales de la creación de esos anuales Días del Teatro.

Para muchos españoles, la fiesta en cuestión debiera ser —debe ser— una evidenciación de los estrechos conceptos que dominan en nuestra vida escénica. Miguel Angel Asturias —como antes Miller, y otros ilustres escritores elegidos para redactar el mensaje anual— no han hecho sino recordarnos cuál es la razón última del teatro, su función más noble, lo que le garantiza su supervivencia como fenómeno cultural.

El teatro es —sea a través de la vía chejoviana de un Stanislavski, sea a través del teatro épico, sea a través de las formas de Artaud, sea según la imagen descompuesta de un Beckett, sea a través de la argumentación dialéctica de un Miller o un Sartre...— siempre una reflexión colectiva, practicada a unos u otros niveles del hombre, resultado de unas u otras coyunturas, entendida como un encuentro en-

tre el hombre y sus imágenes. El teatro es un modo de desdoblarnos, de contemplarnos —desde nuestra butaca— en tanto que seres objetivados dentro de una desesperación, una inmovilidad, un progreso, una regresión o una revolución.

De ahí esta radical inserción del teatro en la marcha de la historia. Más aún: el teatro siempre es historia. Aunque muchas veces sea la historia del miedo a la objetivación, la historia de la resistencia a ver sobre los escenarios la imagen de nuestras complicidades.

Crear un Día Mundial del Teatro es tanto como querer recordarle al mundo lo que el teatro es. Y, por lo tanto, evidenciar lo que, tantas veces, el teatro se niega a ser.

Bien está que, en cada país, se celebren actos, conferencias, coloquios... Y que las localidades sean ese día más baratas. O sean totalmente gratuitas en los teatros nacionales.

Todo se queda, sin embargo, en la cáscara de la conmemoración si el Día Mundial del Teatro no sirve para que todos comprendamos que el teatro debe tener una carga de humanismo y libertad hoy difícilmente toleradas por las diversas formas de la intransigencia y la automatización. ■ J. M.

PABLO PICASSO

El artista y su modelo

Hace unos años, una muchacha de diecisiete, Sylvette, se hizo famosa en el mundo entero por haber posado para una serie de cuadros de Picasso. Su cola de caballo se impuso. Hoy, sin embargo, nadie se acuerda de Sylvette. Nadie la reconocía por la calle. Picasso, naturalmente, perdura, y perdurará siempre. Viene esta reflexión, aparentemente gratuita, a cuento del film que acaba de estrenarse, con doce años de retraso, gracias a la nueva modalidad de exhibición de las salas especiales. «Le mystère Picasso» hizo correr mucha tinta en su momento. Su realizador, Henri-Georges Clouzot, gozaba entonces de un presti-

gio que luego ha ido paulatinamente perdiendo. Estaba aún fresco el recuerdo de «El salario del miedo» y «Las diabólicas», que, sin ser sus mejores films, sí fueron los más populares. Y no se había olvidado el excelente «Quai des Orfèvres», estrenado en España en una versión mutilada y casi incomprensible con el título de «En legítima defensa». El cine francés se mantenía en un compás de espera, como si aguardara la casi inminente aparición de la «nouvelle vague». Y la «qualité» se equiparaba a «culturalismo». En este estado de cosas es lógico que la expectación en torno a «Le mystère Picasso» fuera grande, así como su repercusión en

PICASSO Y CLOUZOT



art buchwald

LA AMISTAD Y LA POLITICA

WASHINGTON.—Tan pronto como el senador Eugene McCarthy ganó el 42 por ciento de los votos en las elecciones primarias de New Hampshire recibió una llamada telefónica del senador Robert Kennedy, de New York, quien le dijo:

—Ganamos.

—¿Cómo es eso? —contestó McCarthy.

—Les ganamos, Gene, y quiero decirle que nunca olvidaré el papel que usted ha desempeñado.

—Gracias, Bobby.

—No me de las gracias. Ethel y yo estábamos en la sala analizando cosas —lo hacemos el jueves, porque es el día libre de la sirvienta— y de pronto ella me dijo: "¿Por qué no llamas a Gene McCarthy? Hace tiempo que no le hablamos". Y pensé, analizándolo, que tenía razón. Y le llamé...

—Me gusta hablar con usted, Bobby.

—Y a mí más con usted, Gene. Dígame, ¿cuáles son sus planes ahora?

—Creo que voy a lanzar mi nombre en las primarias de Wisconsin, Oregón, Dakota del Sur y Minnesota.

—Buena idea, Gene. Ya sabía yo que Ethel estaba equivocada.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que ella me dijo que usted parecía cansado y que creía que el esfuerzo de las primarias le estaba afectando. Yo dije que usted estaba muy bien de salud para su edad y no desearía renunciar ahora. Tal vez fueron las luces de televisión las que le hicieron tener tan mal aspecto.

—No estoy cansado en absoluto, Bobby. En realidad, estoy muy satisfecho. Creo que puedo enfrentarme a Johnson en la convención de agosto. Y deseo que sepa, Bobby, que si triunfo usted puede ser mi secretario de Justicia.

—Es usted muy amable. Ahora hablemos en serio un minuto, Gene. Si usted quiere luchar por la candidatura después de su triunfo en New Hampshire, las gentes dirán que es usted un oportunista, le acusarán de dividir el partido demócrata. No me gustaría que se dijeran cosas así de usted. Mis amigos han estado analizando lo que podríamos hacer por usted y creo que han llegado a una solución. Si yo me presento a las elecciones primarias como una cortina de humo, yo seré el atacado, y si tengo éxito puedo darle mis delegados en Chicago.

—Pero, Bobby, yo me preparaba para entrar en las elecciones primarias. Eso me proporcionaba una excusa para no asistir a esas aburridas reuniones de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado...

—No quiero obligarle a hacer nada que no desee. No le estoy rogando que se eche a un lado. En lo que a mí respecta, puede hacer lo que quiera.

—No es para ponerse así, Bobby.

—Todo lo que le digo es que si soy suficientemente hombre para reconsiderar mi posición, usted debería tener la decencia de reconsiderar la suya.

—Lo haré si lo desea, Bobby, pero sigo queriendo presentarme a las elecciones primarias...

—Ya le dije a Ethel que no tenía objeto llamarle. Debiera haber analizado esta llamada antes.

(Copyright 1968, The Washington Post Co. Distribuido por Editors Press Service-Agencia Zardoya.)